

JUAN 11,1-44

TEXTO

«¹¹Pero había uno que *estaba enfermo*, **Lázaro** de Betania, el pueblo de **María** y de su hermana **Marta**. ²Pero era **María** la que había ungido al **Señor** con perfume y había secado sus pies con sus cabellos; su hermano **Lázaro** *estaba enfermo*.

³Así que **las hermanas** enviaron a decirle: “**Señor**, mira que el que tú quieres *está enfermo*”.

⁴Pero, tras oírlo, **Jesús** dijo: “*Esta enfermedad* no es de muerte, sino para gloria de Dios, para que **el Hijo de Dios** sea glorificado por ella”.

⁵Pero **Jesús** amaba a **Marta**, a **su hermana** y a **Lázaro**. ⁶Así que, cuando oyó que *estaba enfermo*, permaneció dos días más en el lugar donde estaba.

⁷Después de esto, dice a **los discípulos**: “Vamos otra vez a Judea”.

⁸Le dicen **los discípulos**: “**Rabbi**, hace nada que los judíos buscaban apedrearte, ¿y vas de nuevo allí?”.

⁹Respondió **Jesús**: “¿No tiene el día doce horas? Si uno camina durante el día no tropieza, porque ve la luz de este mundo. ¹⁰Pero el que camina de noche tropieza, porque la luz no está en él”.

¹¹Dijo estas cosas y les dice después de esto: “Nuestro amigo **Lázaro** se ha dormido, pero iré para despertarle”.

¹²Así que le dijeron **los discípulos**: “**Señor**, si está dormido, se salvará”.

¹³(Pero **Jesús** hablaba de su muerte, mientras que **ellos** creyeron que hablaba del reposo del sueño).

¹⁴Así que entonces **Jesús** les dijo claramente: “**Lázaro** ha muerto; ¹⁵y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis. Pero vayamos junto a él”.

¹⁶Así que dijo **Tomás**, llamado el Mellizo, a **los otros discípulos**: “Vayamos también nosotros para morir con él”.

¹⁷Así que al llegar **Jesús** se encontró con que él ya llevaba cuatro días en la tumba. ¹⁸Pero Betania estaba cerca de Jerusalén, como a quince estadios [2,5 kms.], ¹⁹y **muchos de los judíos** habían venido a donde **Marta y María** para que ellas fueran consoladas por lo de su hermano.

²⁰Así que, cuando **Marta** oyó que venía **Jesús**, fue a su encuentro, mientras que **María** se quedó en la casa.

²¹Así que dijo **Marta** a **Jesús**: “**Señor**, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano.”

²²Pero incluso ahora sé que todo cuanto pidas a Dios, Dios te lo dará”.

²³Le dice **Jesús**: “**Tu hermano** resucitará”.

²⁴Le dice **Marta**: “Sé que resucitará en la resurrección del último día”.

²⁵Le dijo **Jesús**: “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá, ²⁶y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre. ¿Crees esto?”.

²⁷Le dice: “Sí, **Señor**; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que viene al mundo”.

²⁸Y, después de decir esto, fue y llamó a **María**, su hermana, diciéndole al oído: “**El Maestro** está aquí y te llama”.

²⁹Pero ella, cuando lo escuchó, se levantó rápidamente y fue a él.

³⁰Pero **Jesús** no había llegado aún al pueblo, sino que estaba todavía en el lugar donde **Marta** le había encontrado.

³¹Así que **los judíos** que estaban con ella en la casa consolándola, al ver que **María** se levantó rápidamente y salió, la siguieron, creyendo que iba a la tumba para llorar allí.

³²Así que, cuando **María** fue a donde estaba **Jesús**, al verlo, se echó a sus pies diciendo: “**Señor**, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano”.

³³Así que **Jesús**, cuando la vio llorar y también a los judíos que la acompañaban llorando, se conmovió en el espíritu y se turbó³⁴ y dijo: “¿Dónde lo habéis puesto?”.

Le dicen: “**Señor**, ven y verás”.

³⁵**Jesús lloró**.

³⁶Así que decían **los judíos**: “¡Mirad cómo le quería!”.

³⁷Pero algunos de ellos dijeron: “¿No podía el que abrió los ojos al ciego hacer que ése no muriera?”.

³⁸Así que **Jesús**, conmoviéndose de nuevo en su interior, va a la tumba; pero era una cueva y tenía puesta encima una piedra.

³⁹Dice **Jesús**: “Levantad la piedra”.

Le dice **Marta**, la hermana del difunto: “**Señor**, ya huele; porque es el cuarto día”.

⁴⁰Le dice **Jesús**: “¿No te dije que si crees verás la gloria de Dios?”.

⁴¹Así que levantaron la piedra.

Pero **Jesús** levantó sus ojos a lo alto y dijo: “Padre, te doy gracias porque me has escuchado.

⁴²**Yo** sabía que me escuchas siempre, pero he dicho [esto] por la muchedumbre que está aquí, para que crean que tú me has enviado”.

⁴³Y, dicho esto, gritó con voz fuerte: “**Lázaro**, ven afuera”.

⁴⁴Salió **el muerto**, sus manos y pies atados con vendajes, y su rostro envuelto en un sudario. Les dice **Jesús**: “Desatadlo y dejadle andar”».

COMENTARIO

- **Jesús se dirige hacia «la hora» (11,1-12,50): Introducción a 11,1-12,50.**

El choque entre Jesús y «los judíos» se ha intensificado en 5,1-10,42; aunque la mayoría de «los judíos» han decidido que Jesús tenía que ser arrestado y ejecutado, algunos han creído en él (cf. 8,30; 10,19-11,41-42). El retorno de Jesús al lugar, al otro lado del Jordán, donde Juan dio el primer testimonio sobre él (1,28) y donde comenzó su ministerio (1,35-51), marca un punto de inflexión en el relato. Aunque la violencia y la muerte han estado gravitando en la atmósfera, y Jesús ha dicho que sería «levantado» (3,14; 8,28), el inevitable final de la historia de Jesús, su muerte en cruz, ha estado en el trasfondo de todo el relato hasta este momento. En 11,1-12,50, se desplaza al lugar central. Aunque las referencias mal disimuladas a la muerte de Jesús han salpicado el relato, el verbo «morir» nunca se ha asociado con Jesús. Aparece por primera vez en las palabras de Tomás, en 11,6, y a partir de este momento se encuentra de forma habitual (vv. 50,51; 12,24,33). El relato de la resurrección de Lázaro se despliega bajo la rúbrica de 11,4: «Esta enfermedad no es de muerte, es para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella». Este suceso conduce a la decisión de su condena a muerte (vv. 49-50), así como la indicación de que la fiesta de la Pascua estaba cerca (v. 55). El resto del relato está ubicado en el contexto temporal de esa fiesta. En 12,1-8, se prepara el cuerpo de Jesús para el día de su entierro, y en los vv. 9-19 entra en Jerusalén. Con la llegada de los griegos que desean ver a Jesús (vv. 20-22), él anuncia, por primera vez, que «la hora ha llegado»: «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre» (v. 23). Jesús se dirige a todos los que llegarían a ser discípulos suyos (vv. 24-26) y apela a «los judíos» por última vez (vv. 30-36a). En el v. 36b «Jesús se marchó y se ocultó de ellos». El ministerio público de Jesús termina con una reflexión que hace el narrador sobre la causa del fracaso de «los judíos» en aceptar a Jesús (vv. 37-43) y una proclamación última de Jesús que sintetiza el significado de su presencia reveladora. El escenario está perfectamente diseñado para el relato joánico del encuentro final de Jesús con sus discípulos (13,1-17,26), la historia de su muerte y resurrección (18,1-20,29) y las observaciones conclusivas del narrador (20,30-31).

.- **Introducción a 11,1-54:** La historia de la resurrección de Lázaro es, sin duda alguna, un relato anterior a Juan, pero en su forma actual ha sido elaborada para servir a los objetivos de la teología joánica. Se despliega del siguiente modo: (a) Vv. 1-6: Introducción. Se presentan el lugar, el tiempo, los personajes, la situación y los principales temas del relato. (b) Vv. 7-16: Se toman dos decisiones. Jesús decide que debe ir a Judea y Tomás decide que los discípulos deberían acompañarle. (c) Vv. 17-27: El encuentro de Jesús con Marta. Jesús se revela como la resurrección y la vida, pero Marta no lo entiende correctamente. (d) Vv. 28-37: El encuentro de Jesús con María. Tras superar inicialmente la confesión de Jesús que había hecho Marta, titubea al unirse a «los judíos» en su llanto y falsa comprensión de Jesús. (e) Vv. 38-44: el milagro. Jesús hace retornar a la vida a Lázaro para que los dubitativos e increyentes personajes pudieran creer que él era el Enviado de Dios. (f) Vv. 45-54: La decisión de «los judíos». Los gobernantes deciden que Jesús debe morir. El pleno significado de su muerte nos es dado por el narrador cuando Jesús y sus discípulos abandonan la escena y se van a Efraín.

.- **Introducción (vv. 1-6):** Aparecen tres nuevos personajes: Lázaro, María y Marta, naturales de Betania (v. 1). Jesús se encuentra al otro lado del Jordán, en otra Betania (10,30; cf. 1,28). María es presentada como aquella que ungió a Jesús y secó sus pies con sus cabellos (v. 2ab). Los participios «ungido» y «secado» nos cuentan algo que ella ya ha hecho, pero sobre lo que no se nos había dicho nada hasta ahora. Este enigma requiere una resolución, tal como hace el v. 2: «cuyo hermano Lázaro estaba enfermo» (v. 2c). Hemos de seguir leyendo el relato para descubrir lo que Jesús hará con el enfermo Lázaro y con el hecho de la unción de sus pies por María.

Las hermanas pueden comunicarse directamente con Jesús; se dirigen a él como «Señor» y se refieren a su hermano enfermo como «aquel al que tú quieres». Jesús anuncia que esta enfermedad no tiene la finalidad última de provocar la muerte a Lázaro. Tendrá dos consecuencias que trascienden la enfermedad inmediata del amigo de Jesús. Esta enfermedad será el medio por el que la gloria de Dios brillará intensamente y el Hijo de Dios será glorificado (v. 4). Puesto que los discípulos vieron la gloria como resultado del milagro realizado por Jesús en Caná (2,11), el lector espera que tendrá lugar otro milagro y que, mediante éste, se verá la gloria de Dios. Pero ¿y la glorificación del Hijo de Dios?

Durante el relato de la celebración de los Tabernáculos, el narrador había dicho al lector que aún no se había dado el Espíritu porque Jesús todavía no había sido glorificado (7,39), y, posteriormente, Jesús dijo a «los judíos» que el Padre lo glorificaría (8,52-54). Conforme el ministerio de Jesús se acerca a su fin, se van reuniendo gradualmente varios temas. Las palabras de Jesús sobre su «hora» (2,4; 7,7-8.30; 8,20) y su «levantamiento» (3,14; 8,28) sugieren que su glorificación estará unida a su muerte. Si esto es así, los acontecimientos en torno a Lázaro pondrán en movimiento la glorificación del Hijo de Dios (v. 4).

Hay una aparente contradicción en la yuxtaposición del v. 5 y el v. 6. Porque Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro (v. 5), se queda dos días más donde se encontraba (v. 6). Por amor, Jesús no va junto a los que ama cuando precisamente ellos le necesitan. Como en otros lugares del evangelio (cf. 2,1-12; 4,46-54; 7,2-14), las acciones de Jesús no pueden medirse con criterios humanos. Él está respondiendo a un plan de más envergadura que lo que cualquiera pudiera esperar. Su amor a esta familia se mostrara en acciones que revelarán la gloria de Dios (v. 4). Se han presentado los temas que irán apareciendo durante la narración: la enfermedad y la muerte (vv. 1.4), la unción de María, sobre la que nada se nos ha dicho aún (v. 2), la familiaridad (v. 3) y el afecto (v. 5), la gloria de Dios y la glorificación del Hijo de Dios, que resultarán de esta enfermedad que no es muerte (v. 4).

.- **Se toman dos decisiones (vv. 7-16)**: Finalmente, Jesús llama a los discípulos para que fueran de nuevo con él a Judea (v. 7). Los discípulos se dirigen a él como «Rabbí», indicando así los límites de su entendimiento (cf. 1,38.49; 3,2.26; 4,31; 6,25; 9,2). Le recuerdan el reciente intento de apedrearle (v. 8; cf. 8,59; 10,31), pero este recordatorio de la violencia no llega a disuadirlo. Al comentar Jesús el carácter crítico de este viaje (11,9-10) reaparecen las imágenes de la luz y la tiniebla, el día y la noche, la visión y la ceguera, que tanta importancia tuvieron durante su presencia en Jerusalén por los Tabernáculos (cf. 7,1-10,21). Ya les había instruido sobre la necesidad de caminar con la luz del día que él, la luz del mundo, daba (9,4-5). Usando el cálculo judío que atribuía doce horas a la luz del día y otras doce a la oscuridad de la noche dice a los discípulos que es necesario que se dejen guiar por la luz del mundo. Los discípulos son invitados a unírsele, no dando tropezones como «los judíos» (cf. 8,12.24), sino caminando en la luz (v. 9). En los días que se avecinaban, los discípulos tropezarían si no tuvieran luz en ellos (v. 10). De este modo, la luz del mundo prepara a los discípulos para los acontecimientos venideros (8,12; 9,5).

.- El foco de Jesús retorna a Lázaro al informar a los discípulos de que su amigo se había dormido y de que iba a ir a Betania para despertarle del sueño (v. 11). Los discípulos interpretan al pie de la letra las palabras de Jesús (v. 12). Una intervención del narrador informa al lector de que los discípulos se equivocan en la interpretación que hacen de las palabras de Jesús. Jesús no se refiere al sueño en el sentido habitual del término, sino a la muerte (v. 13). «Lázaro ha muerto» (v. 14); pero añade que se alegra de este suceso por los discípulos. Efectivamente, se regocija porque a través del acontecimiento de la muerte de Lázaro, los discípulos llegarían a creer (v. 15). Por esta razón se disponen a partir para Betania. Se nos está explicando la extrañeza suscitada por el retraso de Jesús en su partida (vv. 5-6). La motivación de la decisión de Jesús de ir a Betania es una respuesta al plan de Dios, no a una necesidad humana. Jesús se decide a realizar este viaje peligroso como respuesta a la voluntad de su Padre (cf. 4,34; 5,36), para resucitar a Lázaro del sueño de la muerte (v. 11) y con la esperanza de que esta acción condujera a los discípulos a la auténtica fe (vv. 14-15).

Tomás reconoce el riesgo que el viaje lleva consigo y anima a sus compañeros a unirse a Jesús para poder morir con él (v. 16). Jesús no les había pedido que se le unieran en una misión suicida. Aunque las palabras de Tomás puedan parecer admirables, en realidad no ha entendido la decisión de Jesús de ir a Judea. Jesús busca la fe (v. 15), no la muerte (v. 16). Las razones de las dos decisiones para ir a Betania, la de Jesús y la de Tomás, son diferentes. El error de comprensión se intensifica entre los discípulos.

.- **Jesús y Marta (vv. 17-27)**: Jesús llega a Betania para encontrarse con que Lázaro ya llevaba cuatro días en la tumba (v. 17). El cuerpo estaría en un avanzado estado de descomposición. Betania está cerca de Jerusalén (v. 18: unos dos kilómetros y medio), lo que hace posible el trayecto recorrido por «los judíos» desde Jerusalén para consolar a las hermanas (v. 18). Según la descripción, sólo «los judíos» hacían duelo; nada se nos dice sobre el estado emocional de las hermanas. La proximidad de Betania a Jerusalén sitúa a Jesús cerca del lugar de su pasión y muerte. La creciente hostilidad en los caps. 5-10, la presencia de «los judíos» y el tema de la muerte en los vv. 2, 4, 8 y 16, indican que también podría estar cerca el tiempo de la pasión y muerte de Jesús.

Marta sale de la casa para encontrarse con Jesús. A María se la describe inmóvil: sentada en la casa (v. 20). Las dos mujeres responden a Jesús de modos diferentes. Marta saluda a Jesús con la misma palabra que ella y María habían utilizado en su mensaje sobre la enfermedad de su hermano, Señor (v. 3). Luego confiesa su fe en él como hacedor de milagros, reconociendo que si Jesús se hubiera apresurado habría curado a su hermano (v. 21). La razón de esta fe en Jesús se encuentra en su convicción de que cuanto pidiera a Dios acontecería (v. 22). La fe en la

autoridad de Jesús para hacer milagros no llega a la auténtica fe (cf. 2,23-25, 1,49-51, 3,1-11; 4,25-26; 6,25-27; 7,31). Tanto Nicodemo (3,2) como el ciego de nacimiento (9,31-32) expresaron su fe en que Jesús tenía un especial acceso a Dios y, por ello, podía hacer milagros. Marta repite esta forma de entender a Jesús como un rabí que procede de Dios y hace signos maravillosos porque Dios está con él (vv. 21-22; cf. 3,2; 9,31-32).

- La respuesta de Jesús corrige su error. Le dice que Lázaro resucitará (v. 23) y el lector sabe que Jesús levantará a Lázaro del sueño de la muerte (vv. 11.14). Marta, que no estaba presente cuando Jesús le dijo esto a los discípulos (vv. 7-15), no deja espacio a Jesús, pues ella conoce el tema de la resurrección de los muertos. Irrumpiendo en las palabras de Jesús, ella le dice que acepta la idea judía común de que habría una resurrección final de los muertos: «resurrección en el último día» (v. 24). Jesús tiene que arrebatarse la iniciativa a la enérgica Marta. Sus palabras trascienden la limitada expectación escatológica afirmada por Marta y se centra en su persona como la resurrección y la vida (v. 25). En otra proposición YO SOY, Jesús se revela en primer lugar como la resurrección y la vida y, después, señala al carácter esencial de la fe en él como el único camino que lleva a la resurrección y la vida (vv. 25-26). Esta autorrevelación de Jesús a Marta proclama que la fe en él da vida ahora y después (cf. 5,19-30). El creyente, aunque muera físicamente, vivirá espiritualmente (v. 25), y el creyente que vive espiritualmente nunca morirá espiritualmente. Jesús es la resurrección y la vida, y, por tanto, el creyente que se encuentra a este lado de la muerte vive en el espíritu (cf. 3,6; 5,24-25), y el que cree en él ahora vivirá en el otro lado de la muerte física (cf. 5,28-29; 6,40.54). Jesús concluye su autorrevelación preguntando a Marta con toda claridad: «¿Tú crees esto?» (v. 26c).

Marta ha confesado su fe en Jesús como hacedor de milagros (v. 21) y ha intentado contarle el verdadero significado de la resurrección de los muertos (v. 24). Ahora continúa con su arrogancia diciéndole a Jesús que ella ha creído durante cierto tiempo (v. 27a). La utilización del pronombre personal («yo») y el perfecto («he creído») señalan a las creencias mantenidas por Marta. En el pasado, ella había llegado a una cierta comprensión de Jesús, y no se ha movido de la fe en que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, el que tiene que venir al mundo (v. 27bcd). Todas estas expresiones han sido utilizadas por otros que no llegaron a la auténtica fe. Los primeros discípulos (1,41) y la samaritana (4,25.29) llamaron a Jesús «el Cristo», y Natanael (1,49) lo llamó «Hijo de Dios». A los discípulos los corrigió Jesús prometiéndoles que verían «cosas mayores» (1,50-51), y a la samaritana se le pidió que fuera más allá de sus esperanzas mesiánicas para poder ver en Jesús al YO SOY (4,26), al Salvador del mundo (4,42). La muchedumbre confesó que Jesús era aquel que tenía que venir al mundo (6,14), pero Jesús huyó de estas aclamaciones (v. 15) y, posteriormente, les advirtió que no trabajaran por el pan que perece sino por el alimento que les daría el Hijo del hombre (vv. 25-27). Marta ha limitado la fe en paralelo a los discípulos, Nicodemo (3,1-11), la samaritana (4,25-26) y la muchedumbre, que utilizaron las expresiones mesiánicas judías tradicionales para proclamar su fe en Jesús.

Ningún personaje de 11,1-27 ha mostrado una fe auténtica, ni los discípulos (v. 16) ni Marta (vv. 21.24.27). Pero Jesús no cesa en su misión de darles a conocer a Dios (cf. 1,18). Ya ha anunciado que se verá la gloria de Dios y que el Hijo de Dios será glorificado mediante los acontecimientos relacionados con la enfermedad y la muerte de Lázaro (v. 4). Ya dijo que levantaría a Lázaro del sueño de la muerte para que ellos pudieran creer (v. 15). Nada de esto se frustrará por la incapacidad de aquellos que no pueden ir más allá de lo que pueden determinar. La autorrevelación de Jesús (cf. vv. 25-26) continuará, y así se cumplirá la promesa del v. 4.

- **Jesús y María (vv. 28-37):** La parcial confesión de fe de Marta sigue presente cuando, «dicho esto», regresa junto a su hermana para decirle «el maestro está aquí» (v. 28). La utilización del

título «el maestro» la lleva de un serie de expresiones de fe limitadas (vv. 21-22.24.27) a otra (v. 28). Le informa de la presencia de Jesús «en voz baja» y dice a María que «la llama». Toda referencia a la «voz» de Jesús es una llamada a la plenitud de vida con él (cf. 3,8.29; 5,25.28; 10,3.4.16.27). Jesús condena a «los judíos» que nunca escuchan la voz del Enviado (5,37). De particular importancia para entender esta llamada a María ha sido la concentración en la voz del Pastor que se encuentra en el contexto inmediatamente anterior de 10,1-18. Sólo aquí utiliza Jesús el verbo llamar para referirse a su propia actividad: «Las ovejas escuchan su voz, y él llama a sus propias ovejas por su nombre y las saca» (10,3). María es una de sus ovejas y la llama. En contraste con Marta, que tomó la iniciativa en cada paso (vv. 21-22.24.27), María es llamada por la palabra de Jesús.

- La posición de María como el primero de los personajes que se presentan en el v. 2, indica que se trata de la hermana especial. Todo detalle cuidadosamente grabado del v. 29 sigue realizando este retrato positivo de María. Esta mujer (v. 29a), al escuchar su llamada (v. 29b), responde inmediatamente: «se levanto rápidamente y fue donde él» (v. 29c). Además de la utilización general, a lo largo del evangelio, del verbo «escuchar» con un sentido positivo (cf. 1,37.40; 3,8.29.32; 4,42.47; 5,24.25.28.30; 6,45; 7,40; 8,47), se ha utilizado cuatro veces para describir que las ovejas responden a la voz del Buen Pastor (10,3,16.20.27). Puesto que Jesús no estaba aún en el pueblo (v. 30), María tiene que desplazarse. Este movimiento da pie al narrador para presentar a «los judíos» que estaban con ella en la casa, consolándola (v. 31a). No se nos había dicho nada sobre el estado emocional de María. Solamente a «los judíos» se les describe dando consuelo (cf. vv. 19.31). La salida de María se nos describe a través de los ojos de «los judíos». Ellos piensan que va a llorar a la tumba, y, por tanto, la siguen (v. 31b). Pero se equivocan; ella se dirige hacia Jesús. Mientras que María responde a la presencia de Jesús (cf. v. 28), «los judíos» esperan que siguiera las prácticas de duelo habituales. Esta indicación de la actitud de «los judíos», que está centrada totalmente en la muerte de Lázaro en lugar de la presencia de Jesús, es fundamental para comprender adecuadamente el difícil v. 33.

María viene al lugar donde Jesús estaba y surge otra nueva diferencia entre ella y Marta. Marta simplemente se dirigió a Jesús en el v. 21, pero María se acerca a él de forma diferente. Al ver a Jesús (v. 32b) cae a sus pies (v. 32c); en esta posición, repite parte de la confesión de Marta (cf. v. 22) en el v. 32b: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano». Se omite la razón de la confianza de Marta («todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá», v. 22). La idea que Marta tiene de Jesús como hacedor de milagros no se repite en la confesión de María. Ella afirma simplemente su confianza incondicional en el poder de la presencia de Jesús. Con otras palabras, es María, no Marta, quien acepta a Jesús como la resurrección y la vida (cf. vv. 25-26). María es el personaje del relato que refleja la auténtica fe (vv. 29.32), mientras que Marta no llega a ella (vv. 21-22.24.27).

- Hasta este momento del relato, María se ha centrado totalmente en Jesús, respondiendo a la voz del Buen Pastor. En el v. 33 cambia repentina e inexplicablemente esta situación, que provoca una notable demostración de la emoción de Jesús. La muerte de Lázaro no debería ser jamás el centro de atención, pero María sucumbe al unirse al llanto de «los judíos» (v. 33). Cuando Jesús ve llorar a María y a «los judíos» que estaban con ella (v. 33ab), extrañamente, se conmovió. No es la compasión -ni su carencia- lo que provoca que Jesús se conmoviera enojadamente y se turbara (v. 33c). Conforme se va acercando al final su ministerio público, Jesús se siente frustrado y furiosamente decepcionado (el matiz lo ofrece el verbo utilizado), lo que se manifiesta en una profunda emoción interior de estremecimiento. ¿Por qué? Ahora, tras una demostración de una auténtica fe en Jesús, María se aparta de Jesús, llorando, y se une a «los judíos». *¿No habrá nadie que crea?* ¿Incluso hasta María se ha unido a «los judíos» convirtiendo la muerte de Lázaro en el centro de atención, abandonando, de este modo, su

anterior aceptación incondicional de Jesús? Su llanto con «los judíos» es un cambio radical de su respuesta anterior a Jesús (vv. 28-32), lo que origina en él un gran enfado y una terrible decepción. Está profundamente conmovido de ira y emoción plenamente justificables, pero debe continuar con la misión que se la había confiado. Tiene que despertar a Lázaro de su sueño (v. 11), glorificar a Dios y ser él mismo glorificado a través de este acontecimiento (v. 4). Pide que se le lleve a la tumba de Lázaro, y «ellos» le invitan: «ven a ver» (v. 34). El contexto exige que sean María y «los judíos» (v. 33) los que cursen la invitación. De forma respetuosa (Señor; cf. vv. 3.21), piden a Jesús que vea la situación en que se encuentra una persona que había muerto hacía cuatro días (cf. v. 17). La total asociación de María con la perspectiva de «los judíos» provoca de nuevo que Jesús lllore (v. 35). «Los judíos» interpretan erróneamente las lágrimas como una demostración del amor que Jesús tenía a Lázaro (v. 36). La cuidadosa utilización de otro verbo para referirse al llanto de Jesús (*dakrya* se usa para el llanto de Jesús, mientras que para el de María y «los judíos» se emplea el verbo *klaia*, vv. 31.33) indica que las lágrimas de Jesús no pueden asociarse al proceso envolvente de duelo. Él llora por el peligro de que el don incondicional que amorosamente hace de sí mismo como el Buen Pastor (cf. 10,11.14-15), la resurrección y la vida que ofrece ahora y para siempre a todos los que creyeran en él (11,25-26), nunca fuera comprendido o aceptado. Mientras que María se dirigía a Jesús (vv. 28-29), había esperanza de que uno de los personajes hubiera llegado a la fe. Pero una vez que se unió a «los judíos» en su aflicción y sus lágrimas, parecen olvidarse las promesas de Jesús, quien llora de frustración (v. 35). Sin embargo, por muy intensos que sean la decepción, el enojo (v. 33) y la frustración (v. 35) de Jesús, él sigue respondiendo a su tarea de hacer visible la gloria de Dios y lograr su propia glorificación (v. 4). Jesús pregunta: «¿Dónde lo habéis puesto?» (v. 34a). Jesús dijo que despertaría a Lázaro de su sueño (v. 11), y su promesa se hará realidad.

.- Mirando hacia atrás, al milagro del ciego de nacimiento (9,1-7), algunos «judíos» se unen a la comprensión errónea que Marta tiene de Jesús como un hacedor de milagros (cf. 11,21-22). Si Jesús pudo curar a un ciego de nacimiento, ¿por qué no podía haber evitado la muerte de Lázaro? (v. 37). «Los judíos» y Marta han mostrado que no están preparados para moverse más allá de sus propios criterios para comprender la persona y la misión de Jesús. No se han movido más allá de las expectativas mesiánicas expresadas en la fiesta de los Tabernáculos, cuando alguna gente preguntó: «Cuando aparezca el Cristo, ¿hará más que lo que ha hecho este hombre?» (7,31). Sin embargo, incluso en esto Jesús ha provocado una cierta decepción. Curó al ciego de nacimiento, pero no ha podido salvar a Lázaro. María no se une a «los judíos» en las quejas del v. 37. Ha desaparecido de la escena, tragada por las emociones humanas en torno a la muerte de su hermano. El lector sabe, desde el anuncio de la unción de los pies de Jesús en el v. 2, que ella retornará.

.- **El milagro (vv. 38-44):** La persistente incapacidad de «los judíos» para aceptar a Jesús provocan la ira en Jesús (v. 38a) cuando se dirige al sepulcro. En los primeros episodios, Jesús se ha retrasado (v. 6), ha pedido fe (vv. 15.26) y se ha mostrado enojado y emocionado (vv. 3,3.35.38a). Pidió que se le mostrara el lugar donde se había enterrado a Lázaro. María y «los judíos» se ofrecieron a llevarle al lugar para que pudiera verlo (v. 34). Pero a Jesús no se le muestra la tumba, sino que él va hasta allí. A partir de este momento, Jesús es el dueño de la situación; se dirige decididamente a cumplir la voluntad de Dios (cf. v. 4), que implica despertar a Lázaro del sueño (cf. v. 11). Las acciones de Jesús y los imperativos dominan los vv. 38-44. Sólo al dirigirse al Padre en oración muestra él una actitud de dependencia (cf. vv. 41-42). La tumba «era una cueva, y tenía puesta encima una piedra» (v. 38b). Jesús ordena: «Quitad la piedra» (v. 39a). Marta reaparece y se opone a la orden de Jesús (v. 39b). De forma coherente con su anterior encuentro con Jesús (vv. 17-27), le dice cómo funcionan las cosas en su mundo de verificaciones: Lázaro llevaba cuatro días enterrado, por lo que el cadáver ya despedía el

olor de la putrefacción. Incapaz de aceptar que Jesús era la resurrección y la vida (vv. 25-26), al menos inicialmente había expresado su fe en él como hacedor de milagros (cf. vv. 21-22). Sus últimas palabras en el evangelio las dedica a decir a Jesús que no tiene autoridad alguna sobre una persona que ya llevaba cuatro días muerto (v. 39). Jesús recuerda lo dicho en el v. 4 al comunicarle a Marta los beneficios que se siguen de la fe. Si se comprometiera con la fe en el mundo de Jesús, vería «la gloria de Dios». La presencia orientadora, protectora y salvífica de Dios se le haría visible en los acontecimientos que estaba a punto de presenciar -con tal de que solamente tuviera fe- (v. 40).

Pero no puede haber nada que se oponga al imperativo de Jesús (v. 39a), por lo que se ignora el intento de Marta por parar la acción (v. 39b) y se retira la piedra (v. 41a). Quienes cuestionan el carácter absoluto de «este mundo» y creen en todo lo que Jesús revela, verán la gloria de Dios (v. 40).

- Jesús cambia su actitud al rezar de un modo por el que pueden escucharlo todos los que allí se encontraban: Marta, María, «los judíos» y los discípulos. Adoptando una posición de oración mediante el levantamiento de sus ojos (v. 41b), Jesús expresa su gratitud y absoluta confianza en la comunión que existe entre él y el Padre (vv. 41c-42). Jesús y el Padre son uno (8,38), pero aquellos que están en torno a la tumba no han aceptado aún esta verdad, que es tan fundamental para comprender a Jesús. Los discípulos, Marta, «los judíos», e incluso María, tienen todavía mucho que aprender. Así pues, Jesús ora en voz alta para proclamar a este grupo, reunido junto a la tumba de Lázaro, que las acciones que ocurrirán inminentemente proceden de la unión de Jesús con el Padre. Sus acciones indican que él es Enviado del Padre. Ha llegado el momento de que Jesús realice una acción que mostrará la gloria de Dios y pondrá en movimiento un proceso mediante el que él será glorificado (cf. vv. 4.40).

El grito de Jesús dando una fuerte voz en el silencio de la tumba de un muerto (v. 43b) se vincula con la oración: «Dicho esto» (v. 43a). La acción que sigue se realiza para que la gente que se hallaba en torno a la tumba llegara a creer que Jesús era el Enviado de Dios (cf. v. 25) y que tenía una autoridad absoluta sobre el difunto Lázaro (cf. v. 26). El difunto sale de la cueva totalmente atado con las vendas y el sudario (v. 44a). La imagen es impactante. El lector podría preguntarse por qué se describen tan detalladamente las vestiduras del difunto, pero la respuesta no la encontrará hasta que el relato evangélico nos presente otra tumba (19,40-41), otras vendas y otro sudario (20,5-7). El relato del milagro concluye con otras dos órdenes dadas por Jesús: «Desatadlo y dejadlo andar» (v. 44b). Lázaro tiene que ser liberado de las ataduras de la muerte para seguir su camino.

- La resurrección y la vida (v. 25), el Enviado del Padre (v. 42), ha intervenido. Ha hecho visible la acción de Dios en la vida de todos los que han participado en este acontecimiento, no sólo de Lázaro (cf. vv. 4.40). La transformación física del cuerpo muerto de Lázaro en el Lázaro resucitado no es el objetivo principal de este relato. La acción de Jesús ha revelado la gloria de Dios (cf. vv. 4.40) para que los discípulos pudieran creer (cf. vv. 15.42), para que Marta y María creyeran (cf. vv. 26.40.42), para que María y «los judíos» pudieran también creer (cf. vv. 33.42). La transformación más importante se encuentra en la aceptación por parte de todos los que presenciaron el milagro de que Jesús era el Hijo del Padre, el Enviado de Dios (cf. v. 42). Un signo realmente extraordinario ha mostrado la gloria de Dios (cf. v. 4c), pero el lector tiene aún que descubrir cómo el milagro de la resurrección de Lázaro será el medio por el que se glorificará el Hijo de Dios (v. 4d).